

b) Que se asocia con la lengua materna y es todo lo contrario lo que pretendemos.

Resumiendo, podemos decir que no renunciamos al idioma vernáculo mientras pueda sernos útil, si bien su empleo ha de ser concretándose al fin que lo motivó y de manera clara y concisa.

La enseñanza de un idioma moderno difiere enormemente de la enseñanza de otras disciplinas y puede muy bien ser considerada como un arte.

estudios

Aplicaciones de la caracteriología a la educación

La educación, como una formación completa de la persona humana, que procura perfeccionarla corporal y espiritualmente, no tendrá efectividad sin estas dos condiciones: a) Partir de la naturaleza propia del sujeto que trata de "formarse", es decir, de su estructura psicofisiológica o psicotipo-caracteriológico; y b) Tener presente un modelo ideal al que se trata de aproximar cada tipo según sus posibilidades reales.

No cabe duda que los psicopedagogos han comprendido esto hace ya tiempo, pero aún nos encontramos con opiniones extremas, que no tienen en cuenta las dos condiciones señaladas, por eliminar una o por subordinarla tan completamente a la otra, que, prácticamente, no cuenta. Si se considera, al modo roussoniano, que la educación consiste sólo en el libre desenvolvimiento de la peculiar naturaleza de cada hombre, cuenta sólo la primera condición; si, por el contrario, se procede de un modo rígido y severo, ignorando las diferencias individuales y tratando de "encajar" a todos los hombres en un molde único, cuenta sólo la segunda condición. Ambos procedimientos conducen al fracaso educativo, por ser unilaterales.

Ahora bien: cuando la psicología diferencial se ha aplicado a los problemas educativos, se han tomado frecuentemente aspectos parciales de la personalidad, como su nivel mental o sus aptitudes particulares; o bien, se han considerado en primer plano los desviaciones de la normalidad de los "niños difíciles", afectados de neurosis o psicopatía. Pero la educación debe ser plenaria y abarcar el total de la personalidad del educando. En este sentido, encuentro que un conocimiento de los tipos caracteriológicos fundamentales, y de sus "familias" es indispensable para proceder educativamente sobre una base segura y suficientemente amplia. Esto no anula, naturalmente, el beneficio pedagógico que se obtenga por la exploración de aspectos parciales de la personalidad; es más, los resultados de estos análisis parciales cobrarán toda su significación si se interpretan en el conjunto que ofrece el psicotipo básico y se integran en él.

Los psicotipos fundamentales, según los resultados de los estudios de Heymans y Wiersma, modernizados por

No hay reglas para un buen orador: la oratoria de calidad es espontánea y fluye automáticamente; es la imitación, la analogía, el instinto lo que hacen que la palabra surja con facilidad, clara, armoniosa, elegante y con originalidad. Estos factores son los que hacen que la enseñanza de lenguas modernas sea objeto de un especial estudio.

ADOLFO ÁLVAREZ CASADO

René Le Senne (1), suponen que los factores que definen un tipo estriban en su *mayor o menor grado de emotividad, mayor o menor actividad y reacción funcional primaria o secundaria*. No debe confundirse la "movilidad" emotiva con la auténtica actividad. En cuanto a la *reacción funcional*, la "primaria" es rápida, y supone, fisiológicamente, una rápida compensación celular de las descargas tensionales; es poco reflexiva y variable; prácticamente, se advierte que la monotonía es insufrible para los "primarios". La *reacción secundaria* tiene caracteres opuestos, es decir, es más lenta y reflexiva y lleva a vivir según hábitos.

Las combinaciones posibles de estos factores llevan a establecer los siguientes tipos básicos:

| | |
|---------|------------------|
| E nA S | = Nerviosos. |
| EnnA S | = Sentimentales. |
| E A P | = Coléricos. |
| E A S | = Apasionados. |
| nE A P | = Sanguíneos. |
| nE A S | = Flemáticos. |
| nEnA P | = Amorfos. |
| nE nA S | = Apáticos. |

Las fórmulas son fáciles de entender, y a ellas debemos atenernos al precisar la estructura de cada tipo básico, y no a los términos, que son tradicionales o convencionales, y algunos de ellos pueden inducir a error, si se toman en su sentido corriente, muchas veces impreciso.

No es posible detallar aquí las características de cada tipo, pero pueden consultarse fácilmente en el tratado mencionado, en el librito del doctor Resten *Le diagnostic du caractère*, y en otros estudios del círculo que ha trabajado bajo la dirección de Le Senne. Este distingue, dentro de los tipos fundamentales, series o familias, que se diferencian por algunos rasgos como la *amplitud o estrechez de conciencia*—en sentido psicológico y no moral—y otros. Voy a atenerme a los tipos fundamentales y sólo haré las referencias imprescindibles a las diversidades seriales.

Hay un estudio del profesor André Le Gall (2), dedicado especialmente al tema que aquí trato. Tengo en cuenta este estudio, pero añado algunas observaciones personales, que la práctica docente y la aplicación de las pruebas caracteriológicas me han mostrado como

(1) R. Le Senne: *Traité de Caractériologie*. P. U. de F., París, 1949.

(2) *Caractériologie des enfants et des adolescents à l'usage des parents et éducateurs*. Presses Universitaires de France, París, 1951. (Hay traducción española de Miguel Siguán. Mirale. Barcelona, 1954.)

convenientes, y especialmente adecuadas a las características del estudiante español.

Veamos, pues, los distintos tipos en relación con su educación:

1. NERVIOSOS

Hay que partir de su *emotividad*, si se quieren conseguir resultados prácticos.

Pero la emotividad de un nervioso, unida a un tipo de *función primaria*, es muy distinta de la del "sentimental", que es su pareja caracteriológica.

La *educación severa*, los castigos, la sujeción a normas fijas no sólo no consiguen nada, sino que suelen ser contraproducentes.

En efecto, el nervioso es violento, susceptible, irritable, indisciplinado. Su reacción contra una imposición severa es la *rebelión*. Como suele estar "contento de sí", los castigos le parecen injustos y no le corrigen, antes le sublevan. Pero, contra lo que pudiera esperarse de su violencia, *no son difíciles de convencer*. Este convencimiento, sin embargo, entra más por vía emotiva que por vía racional. El maestro tiene que "ganarse" al discípulo nervioso, tiene que atraer su afecto, su simpatía. Entonces, le será fácil conseguir su obediencia.

Frente a sus *arrebatos*, aconseja Le Gall "hacer el vacío", esto es, no hacerle caso, dejar que descargue sin encontrar oposición, pues en otro caso se le estimularán sus impulsos, y, por otra parte, dada su viveza e ingenio, encontrará fácilmente "salidas" y respuestas que le darán la impresión de tener siempre la razón.

Pero, bien conducido, pueden aprovecharse sus ventajas y aun sus defectos. Su *receptividad emotiva* actuará favorablemente si se le ofrecen "puntos de interés" y de iniciativa personal. Entonces, no sentirá el trabajo como impuesto—lo que le aparta de él—, sino como espontáneamente ofrecido. Su misma "conciencia favorable de sí" puede ser un punto de apoyo, porque al realizar su trabajo, sentirá como que se revela a sí mismo, y como su interés por el propio yo y por su vida interior es grande, le estimulará a continuar trabajando, a pesar de su escasa perseverancia. Esta *falta de perseverancia* y su *amor al cambio* no pueden olvidarse, presentándole estímulos nuevos y dando la impresión de que el trabajo tiene siempre algo de juego.

Los *impulsos* del nervioso son excesivos y su motricidad es, a veces, frenética. El educador debe *frenar* y *fijar* estos impulsos, con tacto, es decir, con prudencia, firmeza y benevolencia. Frente a un carácter firme, pero en apariencia flexible, el nervioso cede. Los *trabajos manuales* pueden dar fijeza a su motricidad excesiva.

En su *indecisión* y en sus *depressiones* hay que *estimularle*, pero no halagarle, pues el halago desarrolla su natural vanidad.

Frente a la dispersión que le produce su afán de cambio, conviene *crear en él hábitos*, aunque esto no es muy fácil, pues odia la monotonía.

Todas estas indicaciones suponen una constante relación del tipo *maestro-discípulo*. Esto plantea el problema, que en todos los psicotipos se reproduce, de la adecuación o inadecuación caracteriológica entre el maestro y el discípulo. Es un problema que no se puede soslayar, pero que no se puede resolver satisfactoriamente en todos los casos de inadecuación. En

la escuela primaria cabe buscar un maestro adecuado, pero en los demás grados, en que los profesores son muchos, no es siempre fácil que se dé en todos la adecuación, cualquiera que sea el centro de estudios elegido.

Por lo que respecta a los *nerviosos*, su choque es violento con los *apasionados* y *apáticos*. Los educadores de este tipo no pueden comprender la inquietud, la indisciplina y la exagerada emotividad del niño nervioso. Y el niño no alcanza a entender por qué le oprimen y le castigan por motivos que a él no le parecen fundados. Puede que expresamente el niño no sea capaz de formular su situación en la escuela, pero la siente así. La tendencia mecánica del flemático y su valoración del deber y la puntualidad, tampoco le cuadran. A pesar de la afinidad de algunos factores caracteriológicos, puede chocar con un maestro de su mismo tipo, pero el choque será pasajero, pues a los dos se les olvidará pronto. No es fácil de compaginar con el sentimental de conciencia "estrecha"; en cambio, sí con el sentimental "amplio", con el colérico y con el sanguíneo. Con el primero, por su bondad y tolerancia; con los otros dos, por la afinidad de la función primaria, sobre todo.

En la familia se puede dar también este choque. Se ha mencionado el choque violento de Baudelaire, nervioso "estrecho" e hijo de un apasionado y una nerviosa, con su padre, cuyo carácter autoritario y sistemático contrastaba violentamente con su indisciplina y su falta de sentido práctico. Y es precisamente en la familia donde la influencia sobre el tipo básico dado puede producir mayores efectos, orientándolo y desenvolviéndolo adecuadamente. Tanto por la herencia como por la convivencia, puede encontrar el niño una mayor comprensión y afinidad en la familia propia. Los casos de contraste absoluto no son la norma.

Pero ocurre que tanto en la escuela como en la familia se procede, por lo común, de un modo intuitivo o empírico. No cabe duda que un educador extraordinario consigue siempre influir y formar a sus discípulos, aunque de un modo expreso no pueda dar los fundamentos de su actividad educadora, y que, del mismo modo, hay padres que actúan del modo más acertado y conforme a los principios caracteriológicos, sin conocerlos. Pero ésta no es la regla común. Un conocimiento caracteriológico preciso de su propio tipo y del tipo que se trata de educar le es conveniente a todo padre o educador, si no quiere proceder a ciegas.

Aparte de lo dicho sobre el psicotipo nervioso en general, cabe considerar sus variedades. Pero sólo creo preciso retener algunos puntos del estudio que hace Le Gall.

Hay algunos nerviosos—los que Le Gall llama *frívolos*—que son "eternos niños", necesitados de permanente guía y control. Aunque parezcan rebelarse contra esto, en el fondo lo aceptan siempre, porque son "blandos" y se sienten necesitados de apoyo y orientación.

Otra modalidad—los *mitómanos* y los *utópicos*—viven siempre en plena fantasía, fabulando y transformando caprichosamente las experiencias reales. Conviene no atenderlos, "hacerles el vacío" y promover sugerencias críticas, a ser posible indirectamente, de modo que el fabulador encuentre las dificultades que se le ponen como brotándole de dentro.

Algunas de las "familias" de nerviosos apuntados por Le Gall no corresponden a tipos normales, sino neuróticos o psicopáticos. Así, los *histéricos*, que pueden necesitar, en casos extremos, templar su agitación con duchas de agua fría o mediante la flagelación con un lienzo mojado. Los *desarreglados*, *psicasténicos* y *agitados* necesitan más bien un tratamiento médico, de sedantes o medicamentos reguladores de las secreciones internas, según se presenten como simpaticotónicos asténicos, es decir, según predomine en ellos el simpático o el vago, respectivamente.

2. SENTIMENTALES

Estos tipos hipersensibles, cerrados, indecisos, tímidos y solitarios presentan problemas educativos que no se pueden resolver con fórmulas generales y automáticas. Son acaso los tipos que exigen educadores más intuitivos, comprensivos y benévulos.

Se ha notado que son más accesibles los de conciencia "amplia" que los de conciencia "estrecha" y más difíciles los muy secundarios. Estas observaciones son justas, pero no veo que se haya notado la diferencia que existe según estén bien o mal dotados intelectualmente. Sin embargo, debe tenerse en cuenta, porque la diferencia en la práctica es notable. Como los de inteligencia clara no encuentran dificultad en el estudio, la escuela les resulta soportable, aunque el roce con sus compañeros pueda siempre herir su sobreexcitada sensibilidad. Pero si no están intelectualmente bien dotados y esto les acarrea castigos, censura pública del maestro o burlas de los compañeros, el sentimental "se cierra" totalmente: se produce lo que se llama un *blocaje afectivo*. Su actividad, siempre débil, queda anulada; se aísla: actúa de un modo extraño; no habla ni con sus compañeros. Este "erizamiento" es una defensa, que no se vence sino con dulzura y persuasión.

El sentimental es extremadamente sensible a los castigos y censuras no porque los considere injustos—la opinión ajena no le importa mucho—, sino porque su natural *desánimo* se acentúa y su *pesimismo* se hace total. Se considera incapaz, fracasado, y cae en una completa *depresión*. En cambio, como no es vanidoso no importa que se le alabe, que se le anime, en cuanto se encuentra la menor ocasión para ello.

Ciertamente, estas dificultades educativas extremas sólo se presentan en los sentimentales "estrechos", que sean, además, muy inactivos o muy secundarios. Los menos secundarios son paranerviosos, y los más activos se acercan a los apasionados, pero con la ventaja de no ser indisciplinados como los nerviosos, ni autoritarios como los apasionados.

Como factores positivos de su carácter hay que contar su *religiosidad emotiva*, aunque, como emotiva, poco amiga de racionalizaciones y dogmas; su *alto sentido del deber* y de la *responsabilidad*; su *benevolencia*, en caso de conciencia "amplia", *honorabilidad* y *veracidad*; su capacidad de adaptarse, por *amor al hábito*, a una vida regular y ordenada.

Pero, en cambio, conviene corregir su *falta de confianza en sí mismo* y el consiguiente pesimismo, su *indecisión*, *escrupulosidad excesiva*, *manías*, *timidez*, *preocupación angustiosa*, *aislamiento*, *escasa actividad* y *tendencias doctrinales y utópicas*, en los de conciencia

"estrecha". La *altivez* no es peligrosa; es simplemente un escudo de su hipersensibilidad.

Los remedios contra estas cualidades, que más que a nadie perjudican al propio sujeto, son tan fáciles de señalar como difíciles de cumplir.

Habría que *devolverles la confianza en sí mismos*, lo cual supone que la persona que lo intenta está segura de sí y puede inyectarles esta confianza. En los tipos activos es donde esto se da más intensamente, pero el autoritarismo de los apasionados no le cuadra al sentimental, al cual no le gusta mandar, salvo en raros casos, pero tampoco ser mandado. Por otra parte, el nervioso, aun no siendo activo y estando sujeto a desánimos, por su viveza y primariedad, puede también ser capaz de levantar el ánimo decaído. Así, pues, combatir el pesimismo, levantar el ánimo, darle confianza en sí mismo—todo lo cual conviene al sentimental—no es imposible de hacer, pero no se puede hacer según receta, es preciso que los padres o el educador sean de tipo tónico y no asténico, para que le den algo que ellos tienen, pues los asténicos no pueden dar a los demás lo que a ellos mismos les falta.

Contra la *indecisión*, recomienda Le Gall el "escutismo", es decir, ingresar en una asociación de actividad organizada, que cultive la autodeterminación y que haga necesaria la actividad, apoyándose en el amor a la naturaleza, que se da en los sentimentales en el más alto grado. Pero no sólo los *boy scouts*, sino cualquier otra organización semejante—como en España el Frente de Juventudes—puede desempeñar el mismo papel. No, en cambio, una simple asociación deportiva, pues la mayor parte de los sentimentales, a causa de su indecisión y sentido del fracaso, sufren lo que se llama "crispación deportiva", que les retrae del ejercicio del deporte, inhibiendo sus naturales disposiciones con una acción reflexiva paralizadora.

La tendencia a *vivir conforme hábitos*, que puede dar origen a verdaderas manías, no es fácil de cambiar, pero puede encontrar una salida en ocupaciones adecuadas de vida sedentaria y regular. De un modo eficaz no se puede modificar esta tendencia a no cambiar nada más que en la niñez, en cuya edad ya se manifiesta. Entonces, cuando los hábitos no están excesivamente arraigados y la autoridad de los mayores es más fácil de imponer, cabe actuar de modo que el niño no se apegue demasiado a repetir siempre de la misma manera los mismos actos, a seguir usando siempre las mismas prendas y otros hábitos análogos que degeneren en manías y supongan, a la larga, un choque con cualquier cambio de vida, una inadaptación a las posibles exigencias sociales de las circunstancias.

La *timidez* y la *desconfianza*, así como la *tendencia a la soledad*, sólo se podrán combatir si el sentimental encuentra un ambiente acogedor, comprensivo, humanizado. Ante la rigidez o la severidad, se replegará sobre sí y aumentarán estas inclinaciones naturales en él.

El *hastío* de los sentimentales proviene de la debilidad de sus impulsos y deseos, que los hace indiferentes a la mayoría de las cosas. Hay, pues, que estimular estos deseos. Cuando encuentra una razón de existir y afirma su propio ser, aumenta su capacidad de trabajo y disminuye su indecisión.

En un grupo, al parecer pequeño, de sentimentales, se dan *tendencias utópicas*. Puesto que el medio se con-

sidera inadecuado, se trata de reformarlo radicalmente. Hay que hacerles comprender la situación real, sugiriéndoles una crítica interna que les haga ver la imposibilidad de someter la vida a un cuadro rígido (como en el caso de Robespierre) y de lograr en este mundo una perfección absoluta.

Pero creo que aún se puede añadir algo sobre la educación de los sentimentales, que no he visto considerado.

En efecto, se trata de caracteres que están *descontentos de sí mismos*. Pero ¿de qué están concretamente descontentos? ¿Cómo desearían ser? Las pruebas realizadas con el cuestionario de Heymans y mis observaciones personales creo que me permiten responder a estas preguntas.

El sentimental suele estar *contento con su tipo de función*. No desea ser un primario. Busca, ciertamente, con frecuencia, en el amor y en la amistad, caracteres complementarios, que posean la viveza y el impulso que a él le faltan, pero no desea ser como ellos. En cambio, *desearía ser menos emotivo*, pues nota que de ahí provienen las heridas que constantemente la vida le produce. Con menos emotividad soportaría mejor la lucha por la vida y el trato con las gentes. Asimismo, *desearía tener más actividad*, pues si es consciente de su indecisión, y aun de su inercia, sabe que el esfuerzo que tiene que hacer para decidirse y actuar no se daría con mayor actividad espontánea. Si no le preocupasen el deber y la responsabilidad, como le ocurre al amorfo, no haría el esfuerzo y quedaría satisfecho, pero como tiene el sentido del deber, hace el esfuerzo, aunque costosamente. No en todos los casos se desean ambas cosas; puede simplemente desearse ser más activo.

En consecuencia, si, permaneciendo la secundariedad y la emotividad, se desea ser más activo, el sentimental se aproximaría al apasionado. Y si se desea ser, a la vez, menos emotivo y más activo, se aproximaría al flemático. En algunos casos o en algunas etapas de la vida, bajo el imperativo de circunstancias externas, por lo común, el sentimental desearía ser más social y fácil al cambio, es decir, desearía ser su tipo opuesto, que es el sanguíneo. Pero esta abdicación de la secundariedad es menos frecuente. Los "tipos ideales" más frecuentes para un sentimental son, pues, el apasionado y el flemático.

Esta transformación radical no puede lograrse plenamente, pero el propósito de acercarse a tal o cual tipo ideal puede aprovecharse en la educación, tanto en este como en los demás psicotipos en los que se dé el descontento de sí mismos. Apoyándose en el ideal forjado por el propio sujeto, se puede, en efecto, estimular la actividad y realizar la "apertura" a la vida que la timidez y la susceptibilidad le bloquean. Pero sin circunstancias externas favorables, no hay estímulos. Hay, pues, que apoyarse en ellas: por ejemplo, en el deseo de formar una familia, en el de realizar una obra artística o literaria, en el de alcanzar una situación independiente. Descubrirlos y aprovecharlos es tarea del educador o de los padres conscientes de sus deberes.

Advirtamos, por último, que los sentimentales proporcionan un tanto por ciento de anomalías nerviosas—especialmente de tipo esquizoide—mayor que los

otros tipos, lo que requiere, naturalmente, la apelación a la psiquiatría.

3. LOS COLÉRICOS

El colérico es un *hombre exuberante*, y en esta exuberancia radican su fuerza y sus peligros.

En efecto, el exceso de actividad, emotivamente impulsada, y unida a la dispersión que produce en ella la función primaria, hace que gran parte de esta actividad se emplee superficialmente y en las más variadas direcciones. Esto produce un desgaste inútil, que no se puede evitar sino encauzando desde el principio esa exuberancia vital.

Este fuerte impulso, dirigido en todas direcciones, puede encauzarse mediante una *sólida educación religiosa y moral*, que les preserve de su tendencia a los amores fáciles y al desenfreno, mediante *diversiones adecuadas*—pues la diversión les es necesaria como una descarga—y, muy especialmente, por vía deportiva, ya que son muy aptos, en general, para los *deportes*. El afán de sobresalir en estos ejercicios es sin duda un estímulo, pero también un peligro, porque les impulsará a lo excesivo. Este peligro puede evitarse en los deportes colectivos.

El *sentido de la emulación* no se da sólo en los deportes, sino también en la vida escolar, con parecidas ventajas y peligros por exceso. El maestro debe evitar, en esta emulación, exaltar a unos para rebajar a otros, cultivando lo que llama Le Gall la *emulación personal*, es decir, el estímulo necesario a los tipos primarios, sin desestimar a los demás. No es fácil que un colérico se contente con trabajar por trabajar, como un sentimental o un flemático; buscará el éxito, y esta natural tendencia, aunque frenada, es un estímulo aprovechable.

Su inteligencia se dirige a lo concreto y práctico. Puede fracasar en los estudios si entiende que éstos no le van a servir para nada práctico, salvo que esté muy bien dotado intelectualmente. Es preciso "calmar" la precipitación de su inteligencia.

Gran capacidad de *camaradería*. Si se le incluye en un grupo, puede tomar interés e incluso dirigir el grupo. Pero puede ser arrastrado por el grupo.

En la *familia* se muestra distante y orgulloso, pero se le puede ligar fuertemente por vía emotiva, no por razonamientos. Hay que darle sensación de que goza de *independencia*. Aunque se le sugieran las decisiones, hay que presentárselas como si se le ocurriesen a él mismo.

Se puede uno apoyar en su *generosidad* y su *confiabilidad*, tanto en la vida escolar como en la familiar y social.

4. LOS APASIONADOS

Se dan una serie de características que, en general, presentan todos los apasionados. Pero ya Heymans y Wiersma distinguían, al lado de 31 características comunes, 15 diferentes entre los *apasionados normales o reflexivos* y los *apasionados acentuados o explosivos*, que son gentes extraordinarias y fuera de serie, entre

los que se encuentran muchos personajes célebres. He aquí las principales diferencias:

| | |
|---|---|
| REFLEXIVOS | EXPLOSIVOS |
| No severos ni sombríos. Algo absorbidos, pero sociables. | Severos y sombríos. Absorbidos y solos (los demás son para ellos un instrumento). |
| REFLEXIVOS | IMPULSIVOS |
| De una susceptibilidad e impaciencia medias. De buen carácter. | Impacientes, susceptibles. Críticos y desconfiados. |
| TOLERANTES | INTOLERANTES |
| Abiertos a nuevas ideas. No dominables, pero tampoco dominados: a cada uno su libertad. | Cerrados sobre sus propias ideas. Intratables y absolutamente dominadores. |

La educación de los *apasionados reflexivos* no presenta grandes problemas. Son buenos, y a veces muy buenos, estudiantes. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el desarrollo de su inteligencia es lento y que de niños o adolescentes pueden parecer incluso retrasados: recuérdese el caso de Santo Tomás.

Como son *muy exigentes para consigo mismo*, también lo son para con los demás. Quisieran que su familia, y aun toda la Humanidad, se compusiera de seres perfectos. Pero su reflexión crítica explica y disculpa sus defectos, y acaba por tomar partido por su familia y por la Humanidad.

Muy *decididos*, pero *reflexivos*, escogen después de reflexionar, pero relativamente pronto, y ya no cambian. Muy *independientes*, no son arrastrados por los demás. Les gusta *trabajar solos*. Esto puede conducirles al aislamiento y a monomanías que conviene hábil y reflexivamente descartar.

Dadas estas características, conviene impulsarle a los *deportes* y aumentar su coraje. Por lo demás, esto le es fisiológicamente muy conveniente, pues es frecuente que este desarrollo sea lento y tardío. Hasta los catorce años, sus datos biométricos suelen ser inferiores al término medio del desarrollo. Este se logra de los catorce a los dieciocho años, y hay que ayudarle, pues su capacidad torácica es más bien pequeña. Por otra parte, la vida deportiva protege contra el excesivo aislamiento e introversión. Son deportes adecuados la natación—que tenderá a practicar lo más solitariamente posible—las marchas, a pie o en bicicleta, con algún compañero escogido, y las escaladas, que le satisfacen por el despliegue de esfuerzos, método y emoción compensadora del esfuerzo.

Convendría estimular su escasa afición a las artes, pero esto sólo se suele conseguir en cierto grado.

Su *moralidad* y *sentimientos religiosos* suelen ser muy elevados, y la educación puede apoyarse fácilmente en esta inclinación natural. Pero conviene despertarle muy pronto a la religión, pues si es educado en un sistema de ideas no religioso, o incluso antirreligioso, que satisfaga su emotividad, no se apartará después de él, como Spinoza, Nietzsche, Napoleón, Zola, Stalin o Hitler, si bien estos ejemplos se dan no en los reflexivos, sino en los explosivos o acentuados.

En cuanto a esta variedad de *apasionados*, que son los *explosivos*, apenas se puede decir nada sobre ellos educativamente. Le Gall confiesa que no los ha encontrado, lo que es natural, pues el tipo es muy poco

frecuente. Pero, cuando se da, la historia nos muestra que son prácticamente ineducables, pues su energía dominadora suele ser mucho más fuerte que la de los padres y educadores, a los que acaban por dominar o contra los que chocan violentamente.

Sin embargo, no conviene olvidar lo que acabamos de decir; esto es, que si se les ofrece pronto un sistema moral y religioso que les satisfaga, tanto emotiva como intelectualmente, se ajustarán a él, poniendo en defenderlo toda la pasión que, de encontrarse en el lado opuesto, pondrían en combatirlo. ¿Cómo serían los personajes históricos citados si hubieran encontrado en su niñez un ambiente familiar y social fuertemente religioso? Piénsese en San Agustín, que vivió en la disolución del Imperio romano, pero que tuvo a su madre y encontró a San Anastasio. Una vez decidida su vida, son inabordables y tienden a imponer decisivamente sus ideas. Los procedimientos educativos corrientes fallan.

El peligro que acecha a los *apasionados acentuados*, en el campo psicopatológico, es el de la *paranoia*. El delirio de grandezas y la ofuscación de la realidad son visibles en la vida de algunos de los personajes citados.

5. LOS SANGUÍNEOS

El sanguíneo es ante todo un activo de poca emotividad, rápido y vivo, de acentuada *extraversión*. Naturalmente, el carácter se ofrece en diversos grados, que van de la proximidad del colérico a la del amorfo.

La excesiva *avidez*, en la comida y la bebida y, en general, en todos los placeres, debe ser controlada muy pronto, porque se manifiesta tempranamente. Esta avidez implica una *falta de delicadeza* que sólo se puede combatir aumentando la emotividad. Pero tal aumento no puede enseñarse razonadamente; es preciso despertarlo, excitarlo, haciéndole vivir en un ambiente de personas sensibles, incluso hipersensibles como los artistas. Si no responde, hay la vía de la comprensión, que despierta una emotividad menos afectiva, más fría, pero útil como medio de educación.

Poco atentos a su vida interior, *sus principios morales* y *religiosos actúan débilmente*. En efecto, el remordimiento por una falta cometida o la satisfacción por una acción buena suponen la reflexión sobre la propia conducta. Del mismo modo, el sentimiento de criatura, de desamparo en el mundo, de menesterosidad de ser, en suma, suponen vivencias interiores, raras en la normal *extraversión* del sanguíneo. Por lo demás, éste suele ser un espíritu claro, lógico, para el cual lo sobrenatural no tiene interés, ni acaso sentido, y los misterios son enojosos. Esto no quiere decir que el sanguíneo no sea prácticamente religioso; pero esta religiosidad es externa y sin ardor. Puede mantenerse toda la vida si ha sido educado en la práctica de la religión, o puede adaptarse por cálculo, como una forma social necesaria o conveniente. No plantea, pues, problemas sociales, sino íntimos, de conciencia. La educación, especialmente en la niñez, puede evitar una inclinación anticlerical o incluso atea, pero no puede inyectarles un fervor que naturalmente no tienen.

En el campo de la *moral*, hay que frenar sus impulsos y sus desarreglos. Pero aquí pueden encontrarse

razones, aunque no sean las más profundas, a las que el sanguíneo presta su aquiescencia de buen grado. Tiende a la moral utilitarista, pero su inteligencia, por lo común clara y despierta, le permite comprender que hay motivos de acción no utilitarios.

Para este *freno de los impulsos y apetitos sensibles* se puede utilizar su natural afecto y espíritu de camaradería, ligados a su extraversion. Ciertamente que esta afectuosidad es compatible con su egoísmo, pero, ligado a un grupo, se hace fácilmente solidario de él, se encausa su actividad dispersa y puede actuar conforme a la misión que se le encomiende.

Los *deportes* son, a la vez, un encauzamiento de su actividad y un amortiguamiento de la sensualidad. Como suele ser muy apto para ellos, es muy fácil encaminar al sanguíneo por esta vía. Como la pertenencia a un grupo, la consagración al deporte en equipo le da dirección y responsabilidad; colma su vacío interior, haciéndole ser alguien entre personas, y para algo.

La *fijación de un fin*, en su vida intelectual o social, es siempre necesaria, pues, por su tendencia dispersiva, no suelen encontrarlo por sí mismos. Viven sobre el momento y hay que interesarles por el porvenir.

Sus buenas cualidades naturales—trabajo continuo, capacidad de convivencia, claridad intelectual, sentido práctico y dotes de observación, valor y presencia de espíritu—son los puntos de apoyo para prevenir extravíos o fracasos.

6. LOS FLEMÁTICOS

Los problemas educativos que plantean son diversos según sean "amplios" o "estrechos". Los primeros plantean pocos problemas, pero los segundos, sí, a causa de su "cierre".

Un flemático amplio es "abierto". Por esto es accesible a múltiples influencias y no tenderá a la rigidez excesiva, a la manía ordenadora del "estrecho".

En ambos *conviene aumentar la emotividad*. Por supuesto, una emotividad racionalizada. Pero no olvidemos que las características tipológicas muestran que se le puede hacer comprender la belleza plástica de un cuadro, de un paisaje, en su armonía racionalmente comprendido. Recuérdese que una de las cosas que despertaban la admiración de Kant—típico flemático "estrecho"—era "el cielo estrellado sobre su frente". La otra era: "La ley moral en su conciencia."

El *rígido sentido del deber*—el deber por el deber, sin emoción—y su falta de comunicabilidad afectiva, aunque se muestren sociables, puede dar a su conducta y a su modo de pensar un aspecto de inhumanidad, como el que tiene la moral formal del imperativo categórico. Sin embargo, en sus relaciones con el prójimo se muestran benevolentes y tolerantes.

Esta aparente contradicción, entre su rígida posición teórica y su conducta práctica, deriva de que piensan sistemáticamente y actúan sin emotividad, de modo frío y objetivo, lo que les permite explicarse y tolerar otras opiniones. Pero personalmente se aferran a las suyas, sin importarles críticas ni censuras, y actúan completamente de acuerdo con su pensamiento.

En la escuela son buenos alumnos, que trabajan

lenta pero regularmente; muy disciplinados, obedientes, morales (no mienten, castos por naturaleza, sin interés por los placeres sensuales); con poco fervor religioso, pero con religiosidad no sólo superficial, sino profunda, aunque muy racionalizada. Propiamente lo numinoso (sobrenaturalidad, milagros, misterios, dogma) queda aparte. La religión, como se ve en Kant, se confunde con la moral.

Tienden a trabajar solos, y no necesitan efectivamente el estímulo de los demás. Pero el trabajo en grupo puede serles beneficioso en cuanto los pone en comunicación con sus semejantes y permite "abrirlos" y hacerlos más afectuosos. Les permite ejercer su capacidad de orden y administración, y los asumen con toda la seriedad que su gran sentido de la responsabilidad les impone. A pesar de su tendencia a ir por su cuenta, es posible, pues, ligarlos a los demás.

No están sujetos a neurosis, pero sí al anquilosamiento de su vida, cuando son "estrechos" y su inteligencia mediana.

7. LOS AMORFOS

Pereza e insensibilidad son las características más perjudiciales de los amorfos, y, por tanto, aquellas que una educación bien dirigida debe combatir.

El amorfo no trabaja si le dejan solo. Pero es fácil integrarle en un equipo de trabajo, por su sociabilidad y buen carácter, que se acomoda a todo. En el conjunto se anima y cumple su tarea, y, lo que es más importante, se da cuenta de que vale para algo y adquiere el hábito del trabajo. Cuando abandona el equipo no recae, pues, en la completa ociosidad, pues le preserva la confianza en sí que ha adquirido, y de la que desconfiaba, ya que, como su pereza se acusa a ojos vistas, estaba acostumbrado a que le dijese que no servía para nada. En esto consiste una verdadera educación o reeducación; no en lograr un rendimiento transitorio, sino en dejar huella permanente, disposición adquirida o hábito, con lo cual la persona, aún "informe", queda "formada". La *pasividad* del amorfo hace ver esto muy claramente, pues es materia fácilmente moldeable, tanto para bien como para mal: todo depende de la "formación" que se le dé.

Por esta razón, a nadie le perjudican más lo que se llaman las "malas compañías". En un apasionado o un flemático, por ejemplo, no producen efecto alguno. Pero en el amorfo, más que en ningún otro tipo, por su fácil acomodación o tendencia a "hacer lo que todo el mundo". Por sí mismos tienden a los placeres de la comida y bebida; pero, por su escasa emotividad, no es tan fuertemente sexual como el colérico o el sanguíneo, pongamos por caso. Mas, si se le incita, puede ser instrumento fácil incluso de perversiones sexuales: no sabe resistir. Esta indisciplina sexual, o más bien desorden, no se puede combatir eficazmente más que evitando las ocasiones de caer. Cabe también prevenir al amorfo, que a veces se sorprende de su fragilidad, y confiesa que no sabía y que lo ha hecho sin querer. Si se le previene, advirtiéndole claramente—las alusiones no las entiende—de los peligros que, incluso en el orden práctico, esto le puede acarrear, para su salud, su tranquilidad y su situación en la familia y en la sociedad en general, será

sensible a estos razonamientos, pues no le gusta ser perturbado, aunque no se altere después grandemente por la falta cometida.

La misma tendencia desordenada hace que sea *muy poco puntual*—y que no le preocupe su falta de puntualidad—; que sea *pródigo* y no se cuide gran cosa de su limpieza personal y del orden de sus cosas y de su vida. Es, en suma, *despreocupado*. Los deportes en equipo, con la disciplina que suponen, o la integración en cualquier otro conjunto ordenado, son los remedios contra estas faltas. Encontrará placer en el ejercicio y le tomará afición si se le mueve en este sentido, pero, por su inercia, no tomará él la iniciativa para hacerlo.

Los *puntos positivos* de apoyo para educar a un amorfo residen en los mencionados *sociabilidad* y *fácil trato*, así como en su *valor*, que le permite cumplir órdenes en misiones arriesgadas sin pensar en las consecuencias, y permaneciendo tranquilo en los peligros, por su inemotividad. Vale también su *objetividad* y la “concordancia entre sus palabras y sus actos”.

La revelación a él mismo de su propio modo de ser y el trabajo o el juego en equipo, corrigen también, en parte, su *falta de sentido práctico*, que proviene sobre todo de que no reflexiona sobre el pasado, ni piensa en el porvenir, pues vive—como los niños—en el instante.

No es difícil conseguir que sea *exteriormente religioso*, pero es muy difícil que se adhiera de corazón y profundamente a una creencia, e imposible que sea creyente fervoroso. Se trata de un mundo que no le interesa, porque no le es—aunque bastante inteligente—accesible.

Finalmente, indiquemos que el amorfo es un *vagotónico* acentuado, y que, como tal, exige un régimen y un tratamiento médico adecuados para levantar su “tono”. La elevación tónica le hará más emotivo y activo, o, mejor, menos inactivo e inemotivo.

8. LOS APÁTICOS

El apático es *dócil*, pero es dócil justamente por inercia. De aquí la necesidad de métodos activos, de interesarse por la vida y sus problemas concretos. El apático necesita ser tutelado e impulsado constantemente.

En el amorfo faltaba tensión, pero había fuerza; en el apático suelen faltar ambas. No le interesa nada; las cosas y las gentes no le dicen nada: está incomunicado, por falta de actividad y de emotividad.

Como es secundario, tiende el hábito a la rutina, que va bien con su pereza. Pero su tendencia a la soledad y al aislamiento de los otros no es, como en el sentimental, para vivir una vida interior, para desenvolver inacabablemente una rumia de imágenes y sentimientos, ni menos por miedo a que el roce de la vida hiera su sensibilidad: se aísla simplemente porque no necesita otra cosa; vive su vacío interior. Pero este vacío no lo es verdaderamente sino en casos extremos; en los demás, se puebla de imágenes y una especie de lento diálogo consigo mismo.

Para levantar este ánimo decaído se precisa corrientemente recurrir a la medicina. El apático suele adolecer de insuficiencia endocrina y de metabolismo imperfecto. El *régimen de vida* debe vencer su inercia, previamente corregida la frecuente insuficiencia respiratoria (desviación de los tabiques nasales, vegetaciones, amígdalas), mediante las marchas moderadas, la natación, el ciclismo, etc.

Psicológicamente hay que apoyarse en lo dado, en lo poco que se nos da. Los *esquemas habituales* ofrecen un punto de apoyo. Hay mucha diferencia entre el apático “educado”, es decir, que ha adquirido ciertos hábitos de trabajo moderado, y el ineducado. Al apoyarse en los hábitos, se afirma su estructura, pero se la hace demasiado rígida. Se necesita para corregir esta rigidez, y provocar una cierta “apertura” al mundo y a las gentes, *afectuosidad*: se le puede alabar la limpieza de sus vestidos, el orden de su pupitre escolar, la actividad familiar o de otro orden que realice. Esto le “deshiela” un poco, y habla y ayuda a los demás.

La *inteligencia*, aun en el caso de que sea aceptable, no encuentra por sí misma motivos de interés. Y sobre todo este interés es completamente ajeno al mundo real: se interesa algo más por la matemática o por cualquier estudio abstracto que por las ciencias naturales o las lenguas, que más frecuentemente atraen al estudiante. En el trabajo manual, maneja los instrumentos sin gran destreza y como ausente.

En cierto modo hay que “revivirles” su vida, pues por sí mismos no la viven. Para elevar su emotividad necesitan un *ambiente estimulante*, y para intensificar su actividad una ayuda y una propulsión continuas. Por eso su tendencia al celibato es prácticamente su anulación, pues se entregan a una vida totalmente automática y sin responsabilidades.

• • •

Como conclusión de estas correlaciones entre carácter y educación conviene subrayar:

- 1.º Que el maestro debe conocer su propio carácter.
- 2.º Que debe conocer el carácter de todos sus discípulos, aunque esto presenta en la práctica no pocas dificultades.
- 3.º Que, idealmente, debe educar a cada uno según su carácter; pero como, por lo común, una atención singular es imposible hay que tratarlos según grupos afines.

El margen educativo es, pues, variable en cuestiones intelectuales y, aún más, en las morales y religiosas. La educación a ciegas puede conducir a resultados desastrosos. Normalmente, la experiencia, la observación y la vocación de un buen maestro salvan la insuficiencia de preparación caracteriológica, pero es mejor, sin duda, actuar conscientemente y estar preparados para la diversidad educativa, para proceder más rápida, segura y eficazmente.